

piedad ajusticiados. Doña Leonor de Tabora, dama principalísima, de mucha riqueza é ilustre familia, murió degollada; su hijo, un mozo imberbe, subió al patíbulo, medio muerto, entre los brazos de dos frailes. Algunos de los reos fueron puestos á tortura mucho antes de agarrotarlos. Desde las seis á las doce de la mañana duraron aquellos suplicios. Despues, vino, tras un ligero entreacto, el marqués de Tabora, quien fué atormentado antes de ser completamente concluido é inmolado. El duque de Abeiro excedió á todos en esto de gritar y de quejarse, cuando le tiraban de las carnes y le rompian los huesos. El asesino, que disparó contra el Rey, entró en una hoguera, con cadena de hierro al cuerpo, que se enrojeció bien pronto; y con saco de pez al pescuezo. Los suplicios de la mañana duraron seis horas, y cuatro los suplicios de la tarde. Pero en aquellas diez horas murió la nobleza lusitana, ó sea, una institucion, que contaba de vida once siglos.

Destruida la nobleza, necesitaba destruir el jesuitismo. A este fin, cortóle bajo las plantas la yerba, oponiéndose á sus manipulaciones rentísticas. Fundó, pues, una compañía llamada de los vinos en Oporto; y contra esta compañía se promovió un tumulto. Imputóselo á los jesuitas Pombal y expulsó del palacio á los tres confesores, que tenia el Rey, de tal orden. En seguida tiró á perderlos en Roma. Reos de lesa majestad, perturbadores del pueblo, á quien atemorizaban todos los dias con vaticinios siniestros, enemigos del Rey á quien oprimian con pérfidos medios, explotadores usurarios de las colonias, no habia mas remedio que perseguirlos y castigarlos. Pombal sobornaba con arte á Roma para persuadirla de la imprescindible necesidad de sus medidas. Ya que la Orden estaba tan rica, intentó vencerla con sus mismas municiones, con el dinero. La corte romana recibió piezas varias de plata y oro labradas en Paris, porcelanas de Sajonia, diamantes recogidos en las tierras queridas de los jesuitas. A tales argumentos no habia resistencia posible, y se nombró un cardenal encargado de reformarlos, el cual empezó por prohibirles todo ejercicio mercantil y concluyó por obligar al Patriarca de Lisboa con grandísimo empeño que los expulsara del confesonario y del púlpito. Pero en Roma, como Benedicto XIV habia muerto, oponian resistencias invencibles á los intentos de Pombal, quien, prescindiendo de los escrúpulos romanos, los envolvió en la causa del regicidio y los hizo cómplices

de la descabezada nobleza. Así, pedia, en cartas, á Roma, permiso para perseguirlos en justicia por depredadores, usurarios, mercaderes de mala fe, conjurados y regicidas. Con motivo de los conflictos surgidos en el Brasil y en el Paraguay, descubrióse que los jesuitas eran los enemigos de las dos potencias metropolitanas, y los que tenian de tal suerte minados aquellos territorios que la soberanía de España y Portugal resultaba completamente ilusoria. Cumplir un tratado con los españoles respecto á divisiones territoriales en aquellas apartadas tierras, le costó á Pombal muchos millones de libras. Así, un dia, sin curarse de los escrúpulos de Clemente XIII, lanzó los jesuitas de su reino y los mandó á Italia. Aquel pueblo portugués, feudo antiguo de la orden de Jesus, inició la expulsion universal, como para demostrar cuánto habian cambiado las fases del espíritu humano desde la mitad del siglo décimosexto hasta la mitad del siglo décimoctavo, en doscientos años.

Los golpes dados al jesuitismo en Portugal, resonaron bien pronto en Francia. Un escándalo mercantil ocasionó su ruina en este reino, donde tan gran poder tuviera durante la segunda mitad del reinado de Luis XIV. La Compañía quebró por muchos millones de libras en sus relaciones mercantiles con Marsella. Pudiendo haber cubierto aquella enorme suma por sus inmensas riquezas en la Martinica, prefirió valerse de sus influencias para evitar el pago á cumplir con los mas rudimentarios deberes del honor y de la buena fe. El Parlamento, enemigo antiguo de la Orden, tronó contra ella, y exigió su disolucion. Un refugio tan solo podia quedarles en su angustia, la persona del Rey. Pero el Rey mismo se puso contra ellos por la influencia de Madame Pompadour, á quien habian duramente combatido. En tales incidencias menudeaban los libelos y demás escandalosas publicaciones contra la Orden. Y para defenderse la Orden, apelaba tambien á denostar, y á veces calumniar, á sus enemigos. Tal estado agitado de los espíritus traia una cruel guerra civil; y tal guerra civil embargaba mucho los ánimos de Francia. El Parlamento llegó á disponer que una pastoral del Arzobispo de Paris en favor de los jesuitas fuese públicamente quemada por mano del verdugo. No habia remedio. Estos acontecimientos determinaban la disolucion del jesuitismo; y fué públicamente disuelto, é incorporados sus bienes á la corona de Francia.

Clemente XIII, á pesar de la general oposicion, que levantaba la Compañía, empeñóse con temeridad verdadera en defenderla. Así por enero de 1765, publicó temeraria bula, confirmándola, y defendiéndola contra todos sus enemigos. Semejante declaracion cayó como una tea encendida sobre las pasiones encrespadas. Las Dos Sicilias prohibieron su publicacion; Venecia la contestó con palabras ofensivas al Papa; la prohibió el Gobernador de Milan á todo el Milanésado; los parlamentos franceses la maldijeron de todas suertes; y algunos entre todos ellos la quemaron públicamente; amenazó el arzobispo de Rouan con excomuniones á quien la leyese y publicase; declaróla Portugal contraria en todo á las leyes del Reino; y un cordon sanitario, parecido á un cisma verdaderamente aterrador, aisló al mundo católico de la Roma jesuítica. Pero el golpe de gracia vino de España. Si el atentado contra el rey D. José determinó su expulsion de Portugal, el motin contra Esquilache determinó su expulsion de nuestra España. El Rey se habia visto desoido por su pueblo; y no podia olvidar tal desacato, en el cual encontróse de manos á boca un dia, con maniobras jesuíticas. El 2 de abril de 1767 se declaró abolida la Orden. Las autoridades, todas sin excepcion, de nuestros vastos dominios, recibieron un pliego real, que solo podian abrir cierto dia y á cierta hora. Este pliego les mandaba entrar en todos los conventos de jesuitas, apresar á los hermanos sin excepcion alguna, y conducirlos al puerto mas próximo para embarcarlos hácia Roma. No hubo excepcion alguna. Millares de jesuitas, viejos y jóvenes, enfermos y sanos, fueron aglomerados en los buques oficiales, á guisa de mercadería negrera, sin decirles á dónde se dirigian, ni cuál era el término de su viaje. Tras muchos dias de penosa navegacion llegaron á Civitavecchia, que no quiso recibirlos, y los lanzó de su seno á cañonazos. De Civitavecchia pasaron á Liorna, de Liorna á Génova, de Génova á Córcega, sin que nadie quisiera en su seno albergarlos y retenerlos, errando medio año seguido por mares y playas, á merced de las olas y de los vientos, presa de todos los dolores, de todas las angustias, de todas las enfermedades, de todas las miserias, que lleva consigo una larga navegacion tormentosa, mucho mas triste para espíritus conturbados y corazones abatidos por la contrariedad y la desgracia.

El papa Clemente XIII insistia en defenderlos; pero contra su insistencia

estaba la inflexible resolucion de todos los poderes monárquicos. Las Dos Sicilias expulsáronlos con la misma implacable frialdad que Cárlos III de España. La órden de Malta siguió bien pronto al ejemplo de Sicilia. Parma tomó tambien medidas análogas. El Papa se irritó contra Parma y la probó y atormentó con disposiciones violentas y extremas. Tal determinacion trajo una protesta general de las cortes católicas. El gobierno portugués pensó con gravedad en el cisma y su Rey en persona escribió varias cartas sobre materia tan peligrosa y candente. Pero quien puso mayores obstáculos á la política de transaccion cordial con los jesuitas, representada por Clemente XIII, desde las alturas del trono pontificio, fué Cárlos III. Él, y solo él, recordó á los Reyes de Sicilia y de Francia el pacto de familia, y la necesidad en que estaban de socorrer al Duque de Parma. Los Borbones aliados no se anduvieron por cierto en escrúpulos y componendas. A las bulas pontificias respondieron todos á una con la guerra y con las armas. Los Estados pontificios se vieron acometidos por las tropas aliadas. Clemente perdió en pocos dias su dominio sobre Ponte Corvo, Benevento y Avignon. Tal guerra de sus hijos predilectos descorazonó al Papa, que solo acertó á pedir desde aquel dia nefasto reposo y olvido á la muerte. La muerte le oyó en efecto; y cayó sobre sus párpados pocos dias despues de tan terrible suceso, para que le sucediera Clemente XIV, llamado por el cielo á destruir la Orden de los jesuitas.

El jesuitismo estuvo en competencia y lucha siempre con las otras órdenes monásticas. Los dominicos odiaron de antiguo y de continuo á los jesuitas. Los franciscanos, representantes de tradiciones opuestas á las suyas, no fueron jamás devotos al jesuitismo. Un fraile de esta órden ocupó el trono á mediados del siglo décimooctavo y satisfizo el voto general de los Reyes que pedian á una el exterminio de la Orden. Teólogo consumado, canonista experto, literato, sabio, Clemente XIV quiso ante todo la paz en la Iglesia y entendió que no podia cumplirse tal deseo en modo alguno sin la disolucion del jesuitismo. Por todas partes se perpetraban atentados mas ó menos reflexivos contra la célebre Compañía. María Teresa, que se negó á seguir el ejemplo de Cárlos III, los disolvió y expulsó tambien á consecuencia de haber visto divulgados por ellos, sus secretos de confesion. Parecia indispen-

sable al Pontificado, ó caer en el cisma, ó renunciar al jesuitismo. Los milites de la célebre Compañía emplearon todas sus intrigas en detener y contrastar el golpe que les amagaba. Pero Clemente XIV iba camino de la supresion. Cuatro años pasaron en preparativos. Al fin comenzó á tentar el vado y á disponer medidas contra el jesuitismo espirante. A fines de mayo en 1773, Clemente XIV, acompañado de un solo cardenal, se recluyó en retiro de penitencia y de silencio. Allí redactó la bula de supresion, firmada á 21 de julio en aquel mismo año. Muchas angustias pasó antes de tomar tal resolucion, pero la tomó deliberadamente y á conciencia, encontrando, despues de tomada, en su ánimo, una perfecta serenidad. En 6 de agosto, el Papa llamó un Consejo, que le ayudase para tal empresa; y el 16 de agosto las casas todas de la Orden fueron ocupadas por soldados; y el Papa negro, como le llaman los italianos, el general de los jesuitas, Ricci, fué á prision reducido. Las dos de la mañana serian cuando se cumplieron todas estas disposiciones en el órden mas silencioso y mas completo. Las monarquías descansaron, pero los jesuitas por todas partes movieron contra Clemente XIV guerra universal. Terribles profecías escritas por ellos y diseminadas á los cuatro vientos anunciaban la muerte del Papa. Una tristeza enorme le sobrecogió; manchas cancerosas devoraban sus manos y su rostro; el escorbuto canceró su boca; la casualidad quiso que muriese al año y en el mismo dia de haber aprisionado á Ricci. Todo el mundo creyó que los jesuitas le habian propinado un veneno. En vano sus médicos mostraron que la muerte habia provenido de causas independientes de todo envenenamiento. El Papa mismo debió temerlo mucho, cuando el dia de su muerte se hallaron al rededor de su cama todas las clases de antídotos conocidas. La órden de los jesuitas cayó porque la contrariaba el espíritu de su siglo.

Mas, reina una ley histórica mediante la cual, y bajo cuyo imperio, se repiten los hechos sociales en las circunstancias idénticas á distancia de tiempo y espacio con verdadera uniformidad. Todas las reacciones tarde ó temprano, sucumben. Pero todas las reacciones vuelven y tienen su período mas ó menos largo de restauracion, precedente á la derrota definitiva y total. Las revoluciones pasan por un período de preparación, por un período de explosion, por un período de organización, por un período de reaccion, por un período

de solucion. Nunca las soluciones definitivas llegan sino despues de la reaccion ó de la restauracion. Consumada por los medios que antes hemos apuntado la gran revolucion derogatoria de la Orden jesuítica, vino un período de restauracion. Lo mismo habia sucedido en el siglo décimosexto con la revolucion religiosa. Despues de Mulberga, cuando el Emperador se convirtió á las persecuciones religiosas, y Felipe II heredó la corona hispánica, y María la Sanguinaria contuvo el Protestantismo en Inglaterra, y Trento fundó el poder absoluto de los Papas, y San Ignacio de Loyola organizó la Sociedad de Jesus, y Pontífices como Paulo III y IV, como Gregorio XIII, como Pio y Sixto V reforzaron los principios tradicionales en el mundo, y la liga de Francia con los crueles Guisas á su cabeza organizaba el exterminio de los hugonotes, parecia que la revolucion religiosa iba definitivamente á perderse, que la libertad de conciencia y exámen iban á extinguirse, mientras Dios preparaba la victoria de Isabel en la Gran Bretaña, la victoria de los Oranges en los Países Bajos, la victoria del Gran Gustavo en Alemania, la victoria de Enrique IV en el centro europeo, el Edicto de Nantes y la paz de Westfalia, bases definitivas de una nueva Europa. Pues lo mismo sucedió con la revolucion británica del siglo decimoséptimo, consecuencia inmediata de la revolucion religiosa del siglo décimosexto. Ricardo Cromwell, hijo del Protector, la vió malograda y perdida entre sus manos. El restaurador, el general Monk, trajo á la familia Estuardo lanzada del trono; y cuando parecia definitivo aquel estado de cosas, preparaba Dios en el silencio á los Oranges, los magistrados antiguos de la gran República holandesa, para que trajeran la definitiva solucion revolucionaria conveniente á la nueva Inglaterra. Toda revolucion lleva en su seno una restauracion. Pero toda restauracion es transitoria y fugaz, porque lo definitivo, lo estable, lo supremo, la solucion se halla en los principios progresivos y revolucionarios. La grande revolucion del siglo décimooctavo, despues de haber escrito los enciclopedistas, fué la expulsion de los jesuitas. Pero esta revolucion debia tener sus restauraciones como todos los movimientos revolucionarios conocidos en la historia del Viejo Mundo. Despues de la expulsion vinieron las leyes josefinas que tanto daño causaran á la Iglesia, y despues de las leyes josefinas vino la revolucion francesa que tan léjos llevó los ideales humanos y con